Luis Paricio

“Quién es quién” en la devoción al Sagrado Corazón 2.

La Virgen y San Juan.

Seguimos con nuestra descripción de quién es quién en la devoción al Sagrado Corazón. A la derecha e izquierda del fresco respectivamente aparecen la Virgen y San Juan. No puede ser de otra manera. Están presentes en el fresco, porque también estaban acompañando a Jesús junto a la cruz en el momento de la crucifixión, cuando el soldado Longinos atravesó con la lanza el costado de nuestro Salvador.

La Virgen aparece junto al sol, la luna y las estrellas, doce estrellas que tiene a su espalda, según la representación clásica de la mujer del Apocalipsis que se ha identificado siempre con la Virgen María. Lleva un manto azul claro, el color característico de los ropajes de la Virgen, quizás porque en la antigüedad era un color noble y costoso, fabricado con lapislázuli, un mineral que no estaba al alcance de todos. Tiene las manos recogidas junto al pecho, en un gesto de interioridad que muestra que, incluso junto a la cruz de su hijo, seguía guardando todas las cosas en su corazón.

A la izquierda está San Juan, con un manto rojo, también color característico de los ropajes del apóstol junto a la cruz. La mano derecha está descansando a lo largo del cuerpo, mientras que en la izquierda sostiene lo que parece ser un pergamino con su propio evangelio. Ahí está el texto en el que se justifica la devoción al Sagrado Corazón: **"**Sin embargo, uno de los soldados atravesó con una lanza el costado de Jesús, y enseguida salió sangre y agua".

El evangelio de Juan es fundamental en la devoción al Sagrado Corazón no solo por este texto, sino también por otros pasajes en los que Jesús muestra su rostro más humano, y establece una relación directa con los hombres, a los que pregunta por sus problemas, inquietudes, alegrías y preocupaciones de cada día y les ofrece palabras de la máxima esperanza como queriendo decir: no te preocupes, Dios está contigo, compartiendo tu vida día a día. Esta es la esencia de la devoción al Sagrado Corazón que podemos encontrar en estos pasajes que aparecen en Juan pero no en los sinópticos: las bodas de Caná, la conversación de Jesus con Nicodemo, el encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo, la resurrección de Lázaro, el lavatorio de los pies, todo el discurso de Getsemaní, etc.

María y Juan inauguran la filiación divina y la maternidad de la Virgen para todos los hombres. Los dos están de pie junto a la cruz como testigos del milagro del Dios que se ha hecho hombre para compartir nuestro destino. La devoción al Sagrado Corazón es la actualización histórica de la devoción a la cruz. Las dos predican lo mismo: la humanidad de Dios al que adoramos en la imagen del crucificado.

María y Juan son los primeros testigos del amor infinito del Salvador. La madre amada y el discípulo amado son testimonio del amor humano de Dios por su madre y el amor por su más íntimo amigo, y ponen de relieve las dos manifestaciones más grandes del alma del hombre: el amor y la amistad.

María y Juan están también en representación del género humano, los hombres y mujeres del mundo que han existido y existirán, receptores inmerecidos de la gracia que brota del costado del Salvador y que se derrama a través de los hombres a toda la creación, de tal manera que la cruz se coloca en el centro del universo y de la historia. Por eso en la cruz converge todo, se entiende todo, se explica todo.

María y Juan, después de todo lo que ha pasado, volverán a casa como madre e hijo, para mostrar que la acción benéfica de la salvación llega también a los aspectos más cotidianos de nuestra existencia. El discípulo la recibe en su casa para que el misterio que sucedió en la cruz se extienda a la vida de cada día, donde Jesús sigue estando presente para acompañar nuestra condición humana.

Tenemos pues en un lugar preferente los primeros testigos y devotos de la devoción al Sagrado Corazón. María y Juan dan comienzo a nuestra esperanza tocando casi con las manos el corazón abierto de nuestro salvador, gesto que seguimos repitiendo cada día para dar sentido pleno a nuestra vida.